

cuando rompía plumas combatiendo por la Patria oprimida, desde *La Crónica*, *La Tribuna*, *El Consejero del Pueblo* y otros periódicos trascordilleranos.

El gran educador que había en Sarmiento ya aparece en *Educación Popular* de talla entera. El no se para en detalles. No es un especialista miope. Todo lo relaciona con la educación del niño. Es sociólogo a la par que pedagogo. La vida en general, la cultura del país, la intelectual y la industrial, entran en su estudio y en sus planes. No es Sarmiento un modelador de inteligencias solamente. También los cuerpos y las almas pretende modelar mediante la educación. Lo intelectual, tanto como lo físico y lo moral caben en sus proyectos. El educando debe estudiar, debe hacer gimnasia y debe iluminar su existencia interior, su espíritu, con preceptos éticos. El ser humano será así algo armónico. Lo quiere una bella obra de arte, aunque no realizada porque sí: la desea realizada científicamente. Se ocupa del ser humano y también de su medio, de cómo deben ser los locales de las escuelas para que sean refugios donde se amparen los niños de los arrabales o de los campos cuyas casas son feas y sucias.

Da a las ciencias (a la química y a la física) una excepcional importancia. Prevé su futuro desarrollo, lo que la vida del mundo les deberá, y quiere que ellas tengan un gran puesto en los programas educativos. Por fin estudia los diferentes sistemas pedagógicos, los analiza, los critica o los exalta, y llega a conclusiones que aún están en pie y son dignas de ser, a su vez, analizadas y discutidas. La educación de la mujer merece páginas admirables, fervorosas.

Como todos sus libros, este *Educación Popular* de Sarmiento es, en suma, un libro vital, escrito con ese vigoroso entusiasmo y esa generosa fe en el porvenir que él puso en todas sus empresas. Y, como siempre, con él se anticipa a su hora y supera en mucho a los hombres que lo rodean. Algo de lo que él mismo hará treinta o cuarenta años más tarde, como hombre público de la Argentina, ya señala qué debe hacerse aquel joven periodista desterrado en Chile.

J. Guillermo Guerra, Pedro Varela, Joaquín V. González, Lugones, Ingenieros, Ro-

jas, Ponce, Palcos, cuantos se han ocupado con seriedad de Sarmiento, señalan la gran importancia de su libro, no sólo dentro de su producción, sino dentro de los libros pedagógicos de América. Todos están concordes en que esta obra de Sarmiento los rebalsa. Escribe el fundador de la Universidad de La Plata, al referirse a su autor como mano constructiva de los ideales en *Educación Popular* expuestos: "El plan educador de Sarmiento era de una estrategia integral, si se puede hablar así. Porque, al propio tiempo que dirigía, manejaba y reformaba sistemas vetustos de enseñanza primaria, promovía e implantaba un sistema de instrucción media que aún no ha sido superado en sus contenidos esenciales y fijaba atención preferente en el ciclo de los estudios superiores coexistentes e inseparables de aquéllos; agregaba cimiento científico a todas las instituciones del Estado que requiriesen pericia o preparación sistemática; y por eso crea las escuelas técnicas de ambos ramos de nuestra milicia, alza en Córdoba un hogar propio a la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional a la cultura superior del mundo y, echando abajo toda frontera intelectual entre su patria y el exterior, llamó a las universidades los primeros núcleos de alta sabiduría europea, para fundar o robustecer la incipiente ciencia argentina. El estaba en la verdad, porque la formación de una democracia consciente, como la requerían las nuevas instituciones, era un exigencia inmediata para salvar de un irreparable naufragio al bastimento común tantas veces desmantelado y roto".

Hay en Sarmiento una pasión educativa que no es otra que su pasión por la Patria. En la labor de los organizadores de la Nación —los Mitre, los Urquiza, los Avellaneda...— a él le tocó ser el educador, como a otros les tocara ser el propulsor de ferrocarriles, o el fundador de colonias, o el unificador de las provincias con su capital. Y el que escribió *Educación Popular* convencido de su misión, pudo definirse como nadie con más justeza y hondura lo ha definido: "En política soy siempre maestro de escuela". Sarmiento vivió enseñando. Y se sobrevive enseñándonos. Cabal apóstol. Basta releer este *Educación Popular* hace cien años pensado, para comprobar que aún se puede aprender en ese libro.

## Estrategia de la mentira

Por Luis de ZULUETA

(En *El Tiempo* de Bogotá, Enero 8 de 1948).

Me escribe un lector, amigo desconocido —pues, para un publicista, todo lector es un amigo— a fin de exponerme sus reparos a un reciente artículo en el que hablaba yo del miedo en que vive el mundo actual. Miedo recíproco, desconfianza entre las naciones; pánico ante el peligro de una nueva guerra. "No debemos tener miedo más que al miedo mismo", había dicho Roosevelt.

Con todo eso se halla de acuerdo mi benévolo lector. Pero, sin embargo, cree —son sus palabras— "que el miedo no es hoy el enemigo número uno". A su juicio, ese primer lugar en la jerarquía del mal debe reservarse para la mentira. Afirma que a los hombres y a los pueblos se les engaña, se les perturba con noticias tendenciosas, con informaciones, "con declaraciones envenenadas", cuando en realidad la inmensa mayoría de los hombres y la tota-

lidad de los pueblos no quieren otra cosa sino vivir en paz. "¿Por qué no ha comentado usted —añade— el discurso de navidad del Papa, en que condenaba la estrategia de la mentira?"

Ciertamente, no me pasó inadvertida la alocución de Pío XII. "Nadie tiene el derecho de utilizar la estrategia de la mentira..." dijo el Pontífice, y la frase me pareció especialmente expresiva, ya que hoy, como el mundo internacional vive casi en guerra, la diplomacia es estrategia, y la mentira una arma.

Pero, en el fondo, a mi entender, la mentira es hija del miedo. El que teme, miente. En las horas difíciles, en los períodos de crisis, los hombres tienden a esquivar la verdad. La desnuda verdad es tan comprometedoral... Hay quienes engañan a los otros; los demás se engañan a sí mismos. Todos, como se cuenta de

los camellos en Africa, enturbian el agua antes de beber. Y, en ese ambiente oscuro, incierto, medroso, la estrategia de la mentira puede ganar la batalla.

Se dirá que en la política internacional siempre se utilizó la mentira. "La palabra le ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento", opinaba la diplomacia tradicional por boca del más astuto de sus representantes. En las relaciones entre los Estados, desde los tiempos más antiguos, se emplearon el disimulo, la doblez, la mala fe. Hace ya siglos, cuando le preguntaron a un embajador en qué consistía su trabajo, contestó tranquilamente: "Mi oficio es ir al extranjero a mentir por mi rey".

Pero en esa política de la mendacidad hay, entre antaño y hogaño, una fundamental diferencia. Mejor dicho, dos.

En primer lugar, antaño se pensaba que el mentir era un mal. Un mal quizás inevitable, necesario, que había que aceptar en servicio del rey, como decía el embajador británico, y en interés, interés supremo, de la nación. Era un medio que se pretendía justificar en nombre del fin; pero, si bien el fin era noble, se reconocía que el medio era abyecto.

Sostenía Maquiavelo, por ejemplo, que, en caso de necesidad, el Príncipe debía tener el valor de salvar al Estado aun "con ignominia". Mentir por razón de Estado era pecado excusable, pero pecado siempre. Pertenecía a ese "lado vergonzoso de la política" de que hablaba Federico de Prusia. "Espero yo que la posteridad —escribía el mismo Federico I en su *Historia de mi tiempo*— sabrá distinguir en mí al filósofo del príncipe y al hombre honrado del político". La misma idea que, un siglo después, aparece en la conocida frase de Cavour: "Si lo que hice por la grandeza de mi patria lo hubiera hecho en mi beneficio personal, yo debería estar penando en las galeras".

Hogaño, en cambio, la mentira por razón de Estado; la mentira en pro de la causa propia; la mentira al servicio del propio partido, bando o clase social, no se considera ya como un mal, más o menos ineludible, sino como un absoluto bien. El bien y la verdad no son otra cosa que lo que favorece a mi país, dicen los nacionalismos. El bien y la verdad se reducen al engrandecimiento de mi territorio, afirman los imperialismos. Bueno y verdadero es sólo lo que sirve al Estado, definen los totalitarismos.

Ayer, la mentira era excusada con sonrojo; hoy, es glorificada con cinismo. Había ayer una práctica vergonzante de la mentira. Hoy hay una teoría y una técnica de la mentira política.

Y aquí entra la segunda diferencia entre nuestro tiempo y los tiempos pasados. La mentira era antaño un recurso secreto, confiado a la improvisación individual, a la astucia personal de estadistas o diplomáticos. Hogaño, la mentira, en la política nacional e internacional de las potencias, se convirtió en una verdadera organización pública, en una de las grandes instituciones del Estado, servida por millares de funcionarios y de agentes, pagada con millones en los presupuestos. Se le ha dado un nombre decoroso: ¡Propaganda!

En el régimen totalitario el carro del Estado marcha sobre dos ruedas; la una es el ministerio de la guerra; la otra, el departamento de la propaganda. La fuerza y la mentira son los dos soportes del poder.

Adolfo Hitler, en su famoso libro *Mi Lucha*, el evangelio del nazismo, expone con descarada franqueza su doctrina de la propaganda. La propaganda, para el Fuehrer, no es un me-